

La historia de Leo

Un proyecto de rescate



Por Leo

Tendría yo 23 años, cuando a mí y a algunos amigos del barrio, los vecinos nos tildaban como “los vagos del barrio”. Otros incluso nos decían “pandilleros”. Sin embargo, en el año 2003 apareció un proyecto llamado “Rescate e inclusión social”, cuyo objetivo era ayudar a jóvenes chavalos como yo. Recuerdo que ellos nos llamaban, diplomáticamente, “jóvenes en riesgo” y a veces se referían a nosotros como “excluidos por la sociedad”, quizás por no decir “vagos”.

Una persona como yo, con un padre alcohólico que nunca se hizo cargo de mí ni de mis hermanos y sabiendo que nadie da nada del aire sin ningún interés, tuvo mucha desconfianza al inicio del proyecto, pero a la vez quería probar si era cierto lo que el proyecto buscaba.

Dijeron que nos iban a regalar una beca para estudiar carreras técnicas y otras áreas, que yo no entendía, pero me dije a mí mismo: “me voy a empujar; de todos modos

no voy a pagar nada y cuando me aburra, me salgo de esto” y ese era también el pensar de la mayoría. Los coordinadores pedían que asistiésemos a las reuniones, para ver si en realidad teníamos interés. Después de unas cuatro o cinco reuniones yo me decía: “es puro cuento... ¡como siempre! Hablan y hablan, y nada”. Creo que debido a que crecí desconfiando, pensaba mal de todo, pero como no tenía nada que hacer, esperé un poco más.

Muy pronto comenzamos a estudiar, tal como lo habían dicho los coordinadores, y nos motivaban con el recorrido, refrigerio y almuerzo, e incluso nos llevaban a recrearnos algunos fines de semana. Yo me preguntaba “¿cómo es posible que personas que no conozco puedan dar tanto por personas como yo y a otros (vagos, drogas y ladrones) que ahí estaban?”.

Áreas complementarias al estudio técnico

Fue entonces que empecé a pensar que yo podía ser diferente a como hasta ahora había sido. No solamente empecé a estudiar

electricidad domiciliar, sino que los coordinadores fueron más allá cuando nos llevaron a San Marcos para estudiar áreas complementarias al oficio técnico: talleres de sindicalismo, sexualidad y también de política y sostenibilidad social. Y esto también me empezó a gustar mucho, por ejemplo: sobre el sindicalista decían que éste no consiste en gritar más fuerte que el otro, ni en ser el más pleitista, sino en aquél que ofrece ideas claras para saber hacia dónde orientar nuestras demandas, enfocados en el aspecto social de igualdad y camaradería. Esto me gustó bastante, tanto, que pertenecí por ocho años al sindicato de la empresa en la que actualmente trabajo, siempre desde una visión humano-social en la que fui enseñado, aunque cuando vi otros tipos de sindicalismo me retiré, pues sentía que eso estaba fuera de orden.

La poesía

En ese tiempo pasaron muchas cosas con nosotros, “los chavalos en riesgo”. Algunos se interesaron por la pintura, otros por la agricultura,

las artes manuales, etc., a mí me gustó la poesía, cosa que creció más aún por la manera que me la enseñaron: nuestro profesor era especial para eso. Nos ponía a recitarles a objetos tales como lápices, un trozo de madera y hasta un árbol. Dudé si nosotros podríamos hacer esos ejercicios. Uno de nosotros le dijo al profesor: “Usted se la fuma verde... es una locura”. Esto no afectó la labor del profesor. Hoy pienso que él tenía claro lo que quería hacer pero nosotros no entendíamos su objetivo. Su propósito se cumplió, pues él quería que pudiésemos pensar por nuestra propia cuenta y pudiésemos soñar y hacer realidad esos sueños, tal como en mi vida ha sucedido.

En el 2009 nos promocionamos “los chavalos en riesgo”. En el 2003 habíamos comenzado 350 chavalos de diferentes barrios, de los cuales concluimos 150 y considero que el propósito se cumplió con los que culminamos. En mi caso, continué estudios técnicos. También comencé a leer un poco más y a interesarme por las personas que tenían la misma condición mía en tiempos pasados. Después me casé y la vida cambió aún más: mayores responsabilidades con alegría, tanto por mis hijos como por mi esposa.

Mi inseguridad desapareció y comencé a creer en la gente, además, pienso que en este mundo

realmente hay gente interesada por otras personas, como aquéllos que sin conocerme se fiaron de mí y de otros para hacernos personas de bien para la sociedad. Siempre recuerdo a los/as monitores, entre ellos a la Tina, la Patricia y a Filiberto. Y recuerdo a las personas que organizaron y ejecutaron todo el proyecto: la APC de Nicaragua, los Gobiernos de Navarra y Castilla La Mancha de España.

Vivo agradecido a ellos/as por todo lo que hicieron en mi vida: transformaron todo de mí, ciertamente hubo un antes y un después para mí y muchos otros. Pedro, mi profesor de poesía, nos decía: “lo primero es pensar, visionar.... y después, soñar”. Entonces no lo entendía; ahora sí. Creo que por eso ahora soy otra persona: primero escucho y después hablo. Creo en los seres humanos, en las buenas intenciones de muchas personas y pienso que el esfuerzo de creer en otras personas, que tienen una condición diferente, es una actitud a imitar. Terminé aprendiendo la actitud y la acción de los donantes, pues yo con algunas limitantes, también tengo el deseo firme de hacer algo por los demás.

Leonardo (33 años) trabaja desde hace 10 años en la Universidad Centroamericana. En sus tiempos libres visita a los privados de libertad, además realiza trabajo social y deportivo en algunos barrios de Managua.

